

HABANA 27 DE ENERO DE 1876.

Los e peticiones inmorales.

(ARTÍCULO DEDICADO AL EXCMO. SEÑOR ALCALDE CORRECTOR.)

Si posible fuera hallar un medio para promover el bien e impedir el mal en la sociedad de una manera absoluta, se habría encontrado el sumo de la perfección, se habría realizado el ideal más bello posible. Empero como esto no es dable en este mundo sublimar, donde no cabe la perfección más que en un sentido relativo, tenemos que conformarnos con mucho menos. Sin embargo, el ideal existe, y es deber sagrado en todos cuantos están encargados del régimen de la sociedad, el acercarse siempre a ese ideal lo más posible. Por consiguiente, todas esas medidas se adopten, sea cual fuese la esfera en que hayan de aplicarse, deben llevar invariablemente esta doble tendencia: promover el bien e impedir el mal.

Y bien mirado, esta es la base legítima de todas las leyes, el principio de que parten, el fin a que se dirigen y el objeto que los justifica. Más diremos: no es concebible ninguna ley que pueda dimanar de diferente principio ni llevar en mira propósito diferente.

Si posible fuera despojar nuestro criterio de todo cuanto le impide ver con claridad, y muy especialmente de las sugestiones del amor propio y de todas las exaltaciones avasalladoras del egoísmo, fácil nos fuera siempre juzgar si una ley o disposición cualquiera es justa y conveniente, o no observo atentamente si se dirije a promover el bien y a impedir el mal en la esfera donde debe aplicarse. Por desgracia, al formar nuestros juicios acallamos con frecuencia la voz de la recta razón que resuena en el fondo de nuestra conciencia, para no oír más que los gritos de la pasión egoísta, que suele ser el instrumento opesta. Pero después de que nos hemos dejado arrastrar por esta pasión miserable, juzgando y obrando de acuerdo con sus intereses y groseras sugestiones, ¿quién es el que en momentos de reconciencia, que nunca faltan, no oye, a pesar esto, las reprensiones de esa voz interior, que, como un eco lejano de las sanciones divinas, nunca deja pasar inadvertidos los extravíos de nuestra razón, lo mismo que las transgresiones de nuestra voluntad?

Esta teoría tan sencilla como exacta de todas las leyes y disposiciones gubernativas, no hay quien no la apruebe en el fondo del corazón. No hay quien, a solas con su conciencia, no apruebe el estímulo del bien y la represión del mal; que por muy propensos que seamos a dejarnos arrastrar por las pasiones, y por mucha que sea nuestra debilidad, que hace tendernos a ellas, todos comprendemos que lo malo es malo y que lo bueno es bueno; y que, si posible fuera, lo malo debería suprimirse y lo bueno extenderse por todas partes.

Estos principios generales queremos aplicarlos a lo que tiempo hace está pasando entre nosotros con relación a la moral en los espectáculos públicos. Nadie es negar la importancia de esta moral, no ya sólo porque nada hay más corruptor que el espectáculo diario de la inmoralidad embellecida y poetizada con todos los atavíos del arte, y como sancionada por los aplausos de cientos de espectadores, que se exponen en cerrar lo más granado de las ilustraciones sociales, sino porque, cuando al lado de nuestras esposas y de nuestras hijas algún se atreve a hacer gala de la inmoralidad, nos sentimos heridos en las más delicadas fibras del corazón, y el fuego de la indignación ardor en nuestro pecho y asoma en nuestro rostro, antes todavía de que el rubor enrojezca el de aquellos seres queridos cuya guarda nos está confiada, y cuya inocencia y pudor es nuestra más vivo culto defender.

Y por qué, siendo esto así, vemos el empeño que los que especulan con los espectáculos públicos, se esfuerzan frecuentemente en ofenderlos a los espectadores saturados de inmoralidad? El lucro es el único objeto de tales gentes; y cuando somos testigos de ese empeño sayo en ofrecer al público espectáculos inmorales, ¿no debemos suponer que es porque el público gusta de ellos, y así en mayor abundancia al teatro cuando son de esa clase los espectáculos que se ofrecen? Por ventura, volverían a ofrecerlos, si vieran que con ellos los teatros, en vez de llenarse, se quedaban vacíos?

Esto es cierto, por desgracia; pero de este hecho innegable, sería injusto sacar la consecuencia de que el público en masa está profundamente corrompido, por cuya razón tanto mayor es su goce, cuando más inmorales son los espectáculos que se le ofrecen. Este sería un ilencio ilibado a nuestra sociedad, que sean cuales fueren los lazos que la deslucen, su parte verdaderamente distinguida rara tallo, en punto a moralidad, como la más, en cualquier país de la tierra. El fenómeno, empero, existe, y es preciso explicarlo; tarea que tendrá mucho de ser imposible, y que dista infinitamente a disminuir, ya que no a extirpar por completo, el mal que aquí lamentamos.

Nuestra sociedad, como las de todos los demás países, se compone de varios y muy

distintos elementos. No hay duda que un número muy degradado de sus individuos, especialmente de los que tienen la desdicha de no recibir las dulces y purificadoras influencias del hogar, porque ninguno tienen, en la práctica diaria de la vida, no sólo dan valiosos alientos a las severas prescripciones de la moral, sino que las ven con odio por las restricciones a las que las obliga; y han marchado ya tan lejos en esta carrera, que, como si sus sentidos se hallasen embotados, procuran escapar de su entumecimiento con el estímulo del escándalo.

Que tales gentes se entusiasen ante la inmoralidad, que la aplaudan con frenesí, que la soliciten con ahínco, por muy lamentable que sea, se comprende. Lo que no alcanza a comprenderse, es, que personas respetabilísimas, que no tolerarían en parte alguna la menor exhibición de inmoralidad ante sus familias, arrastradas por la moda y por la costumbre, acudan a esos espectáculos una y otra noche, acompañadas de esas mismas familias a quienes fuera del teatro defienden con tanta intranquilidad contra toda inmoralidad, dejando que allí reciban sus horribles lecciones en la forma más peligrosa, por ser la más elegante y seductora. Claramente muy poderosas debe ser la fuerza de la costumbre y la ejemplaridad de la moda, cuando a tales y tan graves inconsecuencias arrastran.

Preferimos disculpar tan rara contradicción, alegando que en esta ciudad no existe otro punto de recreo más que los teatros, y que las familias acomodadas tienen que concurrir a ellos o aislarse. Si la alternativa fuera de todo punto forzosa, no vacilaríamos en decir que valdría mil veces más eso que se llama aislamiento, y que se llama aislamiento, porque en el hogar doméstico, no sólo no hay verdadero aislamiento, sino que es donde se goza de la asociación más grata—este aislamiento, decimos, sería mil veces preferible a una asociación, distracción o pasatiempo, que sólo puede frustrarse a costa de la moral, y de la inocencia y pudor de los seres que nos son más queridos.

Si el teatro estuviese infestado de una enfermedad epidémica de mal carácter, ¿se arrostrarían sus riesgos a trueque de disfrutar un rato de distracción y pasatiempo? No, ciertamente. Y la inocencia y el pudor de nuestras esposas y de nuestros hijos, la belleza de sus almas, la pureza quizá de toda su vida, ¿no merecen que se tomen, para defenderlas, precauciones iguales a las que se tomarían para conservar su salud? Y esa misma salud no depende fundamentalmente de la conservación de aquellas prendas insuperables?

Todo esto es indudable; pero, como quiera que sea, la Autoridad tiene aquí un sagrado deber que llenar. En esta, como en otras muchas cosas, puede servir de guía la resolución y energía de los particulares, alejando de la sociedad un mal muy grave que ningún pretexto plausible alcanza a honestar ni disminuir, y fomentando un bien que todos tienen el derecho de disfrutar. Hemos pronunciado la palabra *deber*, y vamos a justificarla y a fijar su verdadero significado y extensión. Los teatros son empresas públicas, y todos los individuos de la sociedad que no estén en guerra con ella por el temor de una vida escandalosa o infame, tienen el derecho de concurrir a ellos para el objeto legítimo a que están destinados. Y este derecho, incontestable, que nadie osar negar, implica necesariamente el deber, por parte de las empresas que los manejan, de no hacer nada que pueda ofender a una parte del público, haciendo de este modo imposible su concurrencia.

El espectador que concurre a un teatro porque tiene derecho para ello, tiene derecho también, mientras permanezca en su recinto, a ser respetado él y su familia. Tiene derecho a que nadie le ofenda de ninguna manera, ni a él ni a sus suyos. Toda ofensa que se le infiere, es una violación de su derecho.

Ahora bien; todo ataque a la moral, es una ofensa que se infiere a todo espectador que no simpatiza con la relajación de costumbres; y así está acompañando de punto. En una reunión particular, solo un hombre grosero, que no tema ofender a los circunstantes, especialmente si son señores, osará permitirle la relación de chanzas, anécdotas o conceptos indecentes que hagan rubor al rubor al rostro de los concurrentes, sobre todo, si éstos de tener con éstos una gran intimidad, que de algún modo podría atenuar el atrevimiento, le son de todo punto desconocidos. Semjante conducta equivaldría a una grave ofensa, y si que se permitiera inferirle mercedaría ser severamente castigado. —El caso es idéntico al de los empresarios de teatro, que se permiten, ante los espectadores y sus familias, ataques indecentes a la moral y a las buenas costumbres, como con tanta frecuencia vemos.

Las leyes, protectoras de la moral pública, de las buenas costumbres y de los de-

rechos de los particulares, prohíben severamente estas ofensas. Pero, no sabemos por qué motivo, a menudo estas leyes son como letra muerta. Cada ataque a la moral y a las buenas costumbres, es una violación de la ley; y a pesar de que estas violaciones son tan frecuentes, solo rarísima vez vemos que se ha impuesto al delincuente una pequeña multa, la de la cual se ríen soberanamente los empresarios, porque muchísimo más producen los espectáculos inmorales.

Con frecuencia hemos levantado la voz en estas columnas, denunciando los abusos y reclamando el cumplimiento de las leyes y de las disposiciones especiales que rijan en la materia, sin que veamos remedio al mal, más que muy momentáneamente. Hoy hacemos lo mismo, porque los escándalos se renuevan, y son muy numerosas las cartas que sobre el particular se nos dirijen.

Nosotros no pedimos que se dicten sobre el particular alguna nueva disposición: pedimos únicamente que se cumplan las disposiciones vigentes. Por ejemplo, las que dictó el Excmo. Sr. D. Julian de Zaluteta, cuando era Alcalde Corregidor contra los bailes indecentes, no han sido jamás derogadas, y por lo tanto subsisten en toda su vigor y fuerza. Tampoco ha sido derogado el decreto expedido por el Excmo. Sr. Gobernador General en agosto del año anterior, prohibiendo en lo absoluto dichos bailes. ¿Por qué no se respetan estas disposiciones?

Las funciones teatrales son siempre presididas por una autoridad municipal, cuyo principal encargo es hacer que la ley se cumpla. Esta autoridad tiene, no es potestativo en el ejercicio que preside las funciones: es obligatorio; y el que lo omite no cumple con su deber. Cuando las prescripciones de la ley son claras, concretas y aplicables, la autoridad del magistrado encargado de velar por su cumplimiento está circunscrita a exigir e cumplimiento, y nada más. La parte discrecional de la autoridad de tal magistrado, es sólo para los casos nuevos o dudosos.

Pues bien, en estos últimos días se han ejecutado en el teatro de Alhambra algunos bailes prohibidos por las disposiciones vigentes, a ciencia y paciencia del Sr. Regidor que preside la función. No queremos hacer comentarios sobre este hecho, ni ser necesarios después de todo lo que llevamos ya expuesto; pero llamamos sobre él la atención del ilustrado y recto Excmo. Sr. Alcalde Corregidor para que no consienta que las disposiciones vigentes, cuyo cumplimiento está confiado a su autoridad y reconocido celo, sean violadas por nada ni por nadie.

Baja es la misión de S. E. A su cargo está la guarda de la moral pública, y al buen nombre del municipio ante el mundo entero. Para defender esta moral, cuyo valor es incomparable, y para que la Habana no aparezca a los ojos de los extranjeros como un pueblo inculto, de costumbres groseras y repugnantes, no necesita más que el celo de sus subordinados, el cumplimiento de las disposiciones vigentes. Tenemos la mayor confianza en que así lo hará S. E., cumpliendo de este modo con un sagrado e imprescindible deber, y haciéndose acreedor a la gratitud y a las bendiciones de todas las gentes honradas y cultas del municipio.—R.

El ejército español.

No es la primera vez que se tiene noticia de los órdenes que se han dado para que los individuos de la sociedad que no estén en guerra con ella por el temor de una vida escandalosa o infame, tienen el derecho de concurrir a ellos para el objeto legítimo a que están destinados. Y este derecho, incontestable, que nadie osar negar, implica necesariamente el deber, por parte de las empresas que los manejan, de no hacer nada que pueda ofender a una parte del público, haciendo de este modo imposible su concurrencia.

El espectador que concurre a un teatro porque tiene derecho para ello, tiene derecho también, mientras permanezca en su recinto, a ser respetado él y su familia. Tiene derecho a que nadie le ofenda de ninguna manera, ni a él ni a sus suyos. Toda ofensa que se le infiere, es una violación de su derecho.

Ahora bien; todo ataque a la moral, es una ofensa que se infiere a todo espectador que no simpatiza con la relajación de costumbres; y así está acompañando de punto. En una reunión particular, solo un hombre grosero, que no tema ofender a los circunstantes, especialmente si son señores, osará permitirle la relación de chanzas, anécdotas o conceptos indecentes que hagan rubor al rubor al rostro de los concurrentes, sobre todo, si éstos de tener con éstos una gran intimidad, que de algún modo podría atenuar el atrevimiento, le son de todo punto desconocidos. Semjante conducta equivaldría a una grave ofensa, y si que se permitiera inferirle mercedaría ser severamente castigado. —El caso es idéntico al de los empresarios de teatro, que se permiten, ante los espectadores y sus familias, ataques indecentes a la moral y a las buenas costumbres, como con tanta frecuencia vemos.

Las leyes, protectoras de la moral pública, de las buenas costumbres y de los de-

rechos de los particulares, prohíben severamente estas ofensas. Pero, no sabemos por qué motivo, a menudo estas leyes son como letra muerta. Cada ataque a la moral y a las buenas costumbres, es una violación de la ley; y a pesar de que estas violaciones son tan frecuentes, solo rarísima vez vemos que se ha impuesto al delincuente una pequeña multa, la de la cual se ríen soberanamente los empresarios, porque muchísimo más producen los espectáculos inmorales.

Con frecuencia hemos levantado la voz en estas columnas, denunciando los abusos y reclamando el cumplimiento de las leyes y de las disposiciones especiales que rijan en la materia, sin que veamos remedio al mal, más que muy momentáneamente. Hoy hacemos lo mismo, porque los escándalos se renuevan, y son muy numerosas las cartas que sobre el particular se nos dirijen.

Nosotros no pedimos que se dicten sobre el particular alguna nueva disposición: pedimos únicamente que se cumplan las disposiciones vigentes. Por ejemplo, las que dictó el Excmo. Sr. D. Julian de Zaluteta, cuando era Alcalde Corregidor contra los bailes indecentes, no han sido jamás derogadas, y por lo tanto subsisten en toda su vigor y fuerza. Tampoco ha sido derogado el decreto expedido por el Excmo. Sr. Gobernador General en agosto del año anterior, prohibiendo en lo absoluto dichos bailes. ¿Por qué no se respetan estas disposiciones?

Las funciones teatrales son siempre presididas por una autoridad municipal, cuyo principal encargo es hacer que la ley se cumpla. Esta autoridad tiene, no es potestativo en el ejercicio que preside las funciones: es obligatorio; y el que lo omite no cumple con su deber. Cuando las prescripciones de la ley son claras, concretas y aplicables, la autoridad del magistrado encargado de velar por su cumplimiento está circunscrita a exigir e cumplimiento, y nada más. La parte discrecional de la autoridad de tal magistrado, es sólo para los casos nuevos o dudosos.

Pues bien, en estos últimos días se han ejecutado en el teatro de Alhambra algunos bailes prohibidos por las disposiciones vigentes, a ciencia y paciencia del Sr. Regidor que preside la función. No queremos hacer comentarios sobre este hecho, ni ser necesarios después de todo lo que llevamos ya expuesto; pero llamamos sobre él la atención del ilustrado y recto Excmo. Sr. Alcalde Corregidor para que no consienta que las disposiciones vigentes, cuyo cumplimiento está confiado a su autoridad y reconocido celo, sean violadas por nada ni por nadie.

Baja es la misión de S. E. A su cargo está la guarda de la moral pública, y al buen nombre del municipio ante el mundo entero. Para defender esta moral, cuyo valor es incomparable, y para que la Habana no aparezca a los ojos de los extranjeros como un pueblo inculto, de costumbres groseras y repugnantes, no necesita más que el celo de sus subordinados, el cumplimiento de las disposiciones vigentes. Tenemos la mayor confianza en que así lo hará S. E., cumpliendo de este modo con un sagrado e imprescindible deber, y haciéndose acreedor a la gratitud y a las bendiciones de todas las gentes honradas y cultas del municipio.—R.

El ejército español.

No es la primera vez que se tiene noticia de los órdenes que se han dado para que los individuos de la sociedad que no estén en guerra con ella por el temor de una vida escandalosa o infame, tienen el derecho de concurrir a ellos para el objeto legítimo a que están destinados. Y este derecho, incontestable, que nadie osar negar, implica necesariamente el deber, por parte de las empresas que los manejan, de no hacer nada que pueda ofender a una parte del público, haciendo de este modo imposible su concurrencia.

El espectador que concurre a un teatro porque tiene derecho para ello, tiene derecho también, mientras permanezca en su recinto, a ser respetado él y su familia. Tiene derecho a que nadie le ofenda de ninguna manera, ni a él ni a sus suyos. Toda ofensa que se le infiere, es una violación de su derecho.

Ahora bien; todo ataque a la moral, es una ofensa que se infiere a todo espectador que no simpatiza con la relajación de costumbres; y así está acompañando de punto. En una reunión particular, solo un hombre grosero, que no tema ofender a los circunstantes, especialmente si son señores, osará permitirle la relación de chanzas, anécdotas o conceptos indecentes que hagan rubor al rubor al rostro de los concurrentes, sobre todo, si éstos de tener con éstos una gran intimidad, que de algún modo podría atenuar el atrevimiento, le son de todo punto desconocidos. Semjante conducta equivaldría a una grave ofensa, y si que se permitiera inferirle mercedaría ser severamente castigado. —El caso es idéntico al de los empresarios de teatro, que se permiten, ante los espectadores y sus familias, ataques indecentes a la moral y a las buenas costumbres, como con tanta frecuencia vemos.

Las leyes, protectoras de la moral pública, de las buenas costumbres y de los de-

rechos de los particulares, prohíben severamente estas ofensas. Pero, no sabemos por qué motivo, a menudo estas leyes son como letra muerta. Cada ataque a la moral y a las buenas costumbres, es una violación de la ley; y a pesar de que estas violaciones son tan frecuentes, solo rarísima vez vemos que se ha impuesto al delincuente una pequeña multa, la de la cual se ríen soberanamente los empresarios, porque muchísimo más producen los espectáculos inmorales.

Con frecuencia hemos levantado la voz en estas columnas, denunciando los abusos y reclamando el cumplimiento de las leyes y de las disposiciones especiales que rijan en la materia, sin que veamos remedio al mal, más que muy momentáneamente. Hoy hacemos lo mismo, porque los escándalos se renuevan, y son muy numerosas las cartas que sobre el particular se nos dirijen.

Nosotros no pedimos que se dicten sobre el particular alguna nueva disposición: pedimos únicamente que se cumplan las disposiciones vigentes. Por ejemplo, las que dictó el Excmo. Sr. D. Julian de Zaluteta, cuando era Alcalde Corregidor contra los bailes indecentes, no han sido jamás derogadas, y por lo tanto subsisten en toda su vigor y fuerza. Tampoco ha sido derogado el decreto expedido por el Excmo. Sr. Gobernador General en agosto del año anterior, prohibiendo en lo absoluto dichos bailes. ¿Por qué no se respetan estas disposiciones?

Las funciones teatrales son siempre presididas por una autoridad municipal, cuyo principal encargo es hacer que la ley se cumpla. Esta autoridad tiene, no es potestativo en el ejercicio que preside las funciones: es obligatorio; y el que lo omite no cumple con su deber. Cuando las prescripciones de la ley son claras, concretas y aplicables, la autoridad del magistrado encargado de velar por su cumplimiento está circunscrita a exigir e cumplimiento, y nada más. La parte discrecional de la autoridad de tal magistrado, es sólo para los casos nuevos o dudosos.

Pues bien, en estos últimos días se han ejecutado en el teatro de Alhambra algunos bailes prohibidos por las disposiciones vigentes, a ciencia y paciencia del Sr. Regidor que preside la función. No queremos hacer comentarios sobre este hecho, ni ser necesarios después de todo lo que llevamos ya expuesto; pero llamamos sobre él la atención del ilustrado y recto Excmo. Sr. Alcalde Corregidor para que no consienta que las disposiciones vigentes, cuyo cumplimiento está confiado a su autoridad y reconocido celo, sean violadas por nada ni por nadie.

Baja es la misión de S. E. A su cargo está la guarda de la moral pública, y al buen nombre del municipio ante el mundo entero. Para defender esta moral, cuyo valor es incomparable, y para que la Habana no aparezca a los ojos de los extranjeros como un pueblo inculto, de costumbres groseras y repugnantes, no necesita más que el celo de sus subordinados, el cumplimiento de las disposiciones vigentes. Tenemos la mayor confianza en que así lo hará S. E., cumpliendo de este modo con un sagrado e imprescindible deber, y haciéndose acreedor a la gratitud y a las bendiciones de todas las gentes honradas y cultas del municipio.—R.

El ejército español.

No es la primera vez que se tiene noticia de los órdenes que se han dado para que los individuos de la sociedad que no estén en guerra con ella por el temor de una vida escandalosa o infame, tienen el derecho de concurrir a ellos para el objeto legítimo a que están destinados. Y este derecho, incontestable, que nadie osar negar, implica necesariamente el deber, por parte de las empresas que los manejan, de no hacer nada que pueda ofender a una parte del público, haciendo de este modo imposible su concurrencia.

El espectador que concurre a un teatro porque tiene derecho para ello, tiene derecho también, mientras permanezca en su recinto, a ser respetado él y su familia. Tiene derecho a que nadie le ofenda de ninguna manera, ni a él ni a sus suyos. Toda ofensa que se le infiere, es una violación de su derecho.

Ahora bien; todo ataque a la moral, es una ofensa que se infiere a todo espectador que no simpatiza con la relajación de costumbres; y así está acompañando de punto. En una reunión particular, solo un hombre grosero, que no tema ofender a los circunstantes, especialmente si son señores, osará permitirle la relación de chanzas, anécdotas o conceptos indecentes que hagan rubor al rubor al rostro de los concurrentes, sobre todo, si éstos de tener con éstos una gran intimidad, que de algún modo podría atenuar el atrevimiento, le son de todo punto desconocidos. Semjante conducta equivaldría a una grave ofensa, y si que se permitiera inferirle mercedaría ser severamente castigado. —El caso es idéntico al de los empresarios de teatro, que se permiten, ante los espectadores y sus familias, ataques indecentes a la moral y a las buenas costumbres, como con tanta frecuencia vemos.

Las leyes, protectoras de la moral pública, de las buenas costumbres y de los de-

rechos de los particulares, prohíben severamente estas ofensas. Pero, no sabemos por qué motivo, a menudo estas leyes son como letra muerta. Cada ataque a la moral y a las buenas costumbres, es una violación de la ley; y a pesar de que estas violaciones son tan frecuentes, solo rarísima vez vemos que se ha impuesto al delincuente una pequeña multa, la de la cual se ríen soberanamente los empresarios, porque muchísimo más producen los espectáculos inmorales.

Con frecuencia hemos levantado la voz en estas columnas, denunciando los abusos y reclamando el cumplimiento de las leyes y de las disposiciones especiales que rijan en la materia, sin que veamos remedio al mal, más que muy momentáneamente. Hoy hacemos lo mismo, porque los escándalos se renuevan, y son muy numerosas las cartas que sobre el particular se nos dirijen.

Nosotros no pedimos que se dicten sobre el particular alguna nueva disposición: pedimos únicamente que se cumplan las disposiciones vigentes. Por ejemplo, las que dictó el Excmo. Sr. D. Julian de Zaluteta, cuando era Alcalde Corregidor contra los bailes indecentes, no han sido jamás derogadas, y por lo tanto subsisten en toda su vigor y fuerza. Tampoco ha sido derogado el decreto expedido por el Excmo. Sr. Gobernador General en agosto del año anterior, prohibiendo en lo absoluto dichos bailes. ¿Por qué no se respetan estas disposiciones?

Las funciones teatrales son siempre presididas por una autoridad municipal, cuyo principal encargo es hacer que la ley se cumpla. Esta autoridad tiene, no es potestativo en el ejercicio que preside las funciones: es obligatorio; y el que lo omite no cumple con su deber. Cuando las prescripciones de la ley son claras, concretas y aplicables, la autoridad del magistrado encargado de velar por su cumplimiento está circunscrita a exigir e cumplimiento, y nada más. La parte discrecional de la autoridad de tal magistrado, es sólo para los casos nuevos o dudosos.

Pues bien, en estos últimos días se han ejecutado en el teatro de Alhambra algunos bailes prohibidos por las disposiciones vigentes, a ciencia y paciencia del Sr. Regidor que preside la función. No queremos hacer comentarios sobre este hecho, ni ser necesarios después de todo lo que llevamos ya expuesto; pero llamamos sobre él la atención del ilustrado y recto Excmo. Sr. Alcalde Corregidor para que no consienta que las disposiciones vigentes, cuyo cumplimiento está confiado a su autoridad y reconocido celo, sean violadas por nada ni por nadie.

Baja es la misión de S. E. A su cargo está la guarda de la moral pública, y al buen nombre del municipio ante el mundo entero. Para defender esta moral, cuyo valor es incomparable, y para que la Habana no aparezca a los ojos de los extranjeros como un pueblo inculto, de costumbres groseras y repugnantes, no necesita más que el celo de sus subordinados, el cumplimiento de las disposiciones vigentes. Tenemos la mayor confianza en que así lo hará S. E., cumpliendo de este modo con un sagrado e imprescindible deber, y haciéndose acreedor a la gratitud y a las bendiciones de todas las gentes honradas y cultas del municipio.—R.

El ejército español.

No es la primera vez que se tiene noticia de los órdenes que se han dado para que los individuos de la sociedad que no estén en guerra con ella por el temor de una vida escandalosa o infame, tienen el derecho de concurrir a ellos para el objeto legítimo a que están destinados. Y este derecho, incontestable, que nadie osar negar, implica necesariamente el deber, por parte de las empresas que los manejan, de no hacer nada que pueda ofender a una parte del público, haciendo de este modo imposible su concurrencia.

El espectador que concurre a un teatro porque tiene derecho para ello, tiene derecho también, mientras permanezca en su recinto, a ser respetado él y su familia. Tiene derecho a que nadie le ofenda de ninguna manera, ni a él ni a sus suyos. Toda ofensa que se le infiere, es una violación de su derecho.

Ahora bien; todo ataque a la moral, es una ofensa que se infiere a todo espectador que no simpatiza con la relajación de costumbres; y así está acompañando de punto. En una reunión particular, solo un hombre grosero, que no tema ofender a los circunstantes, especialmente si son señores, osará permitirle la relación de chanzas, anécdotas o conceptos indecentes que hagan rubor al rubor al rostro de los concurrentes, sobre todo, si éstos de tener con éstos una gran intimidad, que de algún modo podría atenuar el atrevimiento, le son de todo punto desconocidos. Semjante conducta equivaldría a una grave ofensa, y si que se permitiera inferirle mercedaría ser severamente castigado. —El caso es idéntico al de los empresarios de teatro, que se permiten, ante los espectadores y sus familias, ataques indecentes a la moral y a las buenas costumbres, como con tanta frecuencia vemos.

Las leyes, protectoras de la moral pública, de las buenas costumbres y de los de-

rechos de los particulares, prohíben severamente estas ofensas. Pero, no sabemos por qué motivo, a menudo estas leyes son como letra muerta. Cada ataque a la moral y a las buenas costumbres, es una violación de la ley; y a pesar de que estas violaciones son tan frecuentes, solo rarísima vez vemos que se ha impuesto al delincuente una pequeña multa, la de la cual se ríen soberanamente los empresarios, porque muchísimo más producen los espectáculos inmorales.

Con frecuencia hemos levantado la voz en estas columnas, denunciando los abusos y reclamando el cumplimiento de las leyes y de las disposiciones especiales que rijan en la materia, sin que veamos remedio al mal, más que muy momentáneamente. Hoy hacemos lo mismo, porque los escándalos se renuevan, y son muy numerosas las cartas que sobre el particular se nos dirijen.

Nosotros no pedimos que se dicten sobre el particular alguna nueva disposición: pedimos únicamente que se cumplan las disposiciones vigentes. Por ejemplo, las que dictó el Excmo. Sr. D. Julian de Zaluteta, cuando era Alcalde Corregidor contra los bailes indecentes, no han sido jamás derogadas, y por lo tanto subsisten en toda su vigor y fuerza. Tampoco ha sido derogado el decreto expedido por el Excmo. Sr. Gobernador General en agosto del año anterior, prohibiendo en lo absoluto dichos bailes. ¿Por qué no se respetan estas disposiciones?

Las funciones teatrales son siempre presididas por una autoridad municipal, cuyo principal encargo es hacer que la ley se cumpla. Esta autoridad tiene, no es potestativo en el ejercicio que preside las funciones: es obligatorio; y el que lo omite no cumple con su deber. Cuando las prescripciones de la ley son claras, concretas y aplicables, la autoridad del magistrado encargado de velar por su cumplimiento está circunscrita a exigir e cumplimiento, y nada más. La parte discrecional de la autoridad de tal magistrado, es sólo para los casos nuevos o dudosos.

Pues bien, en estos últimos días se han ejecutado en el teatro de Alhambra algunos bailes prohibidos por las disposiciones vigentes, a ciencia y paciencia del Sr. Regidor que preside la función. No queremos hacer comentarios sobre este hecho, ni ser necesarios después de todo lo que llevamos ya expuesto; pero llamamos sobre él la atención del ilustrado y recto Excmo. Sr. Alcalde Corregidor para que no consienta que las disposiciones vigentes, cuyo cumplimiento está confiado a su autoridad y reconocido celo, sean violadas por nada ni por nadie.

Baja es la misión de S. E. A su cargo está la guarda de la moral pública, y al buen nombre del municipio ante el mundo entero. Para defender esta moral, cuyo valor es incomparable, y para que la Habana no aparezca a los ojos de los extranjeros como un pueblo inculto, de costumbres groseras y repugnantes, no necesita más que el celo de sus subordinados, el cumplimiento de las disposiciones vigentes. Tenemos la mayor confianza en que así lo hará S. E., cumpliendo de este modo con un sagrado e imprescindible deber, y haciéndose acreedor a la gratitud y a las bendiciones de todas las gentes honradas y cultas del municipio.—R.

El ejército español.

No es la primera vez que se tiene noticia de los órdenes que se han dado para que los individuos de la sociedad que no estén en guerra con ella por el temor de una vida escandalosa o infame, tienen el derecho de concurrir a ellos para el objeto legítimo a que están destinados. Y este derecho, incontestable, que nadie osar negar, implica necesariamente el deber, por parte de las empresas que los manejan, de no hacer nada que pueda ofender a una parte del público, haciendo de este modo imposible su concurrencia.

El espectador que concurre a un teatro porque tiene derecho para ello, tiene derecho también, mientras permanezca en su recinto, a ser respetado él y su familia. Tiene derecho a que nadie le ofenda de ninguna manera, ni a él ni a sus suyos. Toda ofensa que se le infiere, es una violación de su derecho.

Ahora bien; todo ataque a la moral, es una ofensa que se infiere a todo espectador que no simpatiza con la relajación de costumbres; y así está acompañando de punto. En una reunión particular, solo un hombre grosero, que no tema ofender a los circunstantes, especialmente si son señores, osará permitirle la relación de chanzas, anécdotas o conceptos indecentes que hagan rubor al rubor al rostro de los concurrentes, sobre todo, si éstos de tener con éstos una gran intimidad, que de algún modo podría atenuar el atrevimiento, le son de todo punto desconocidos. Semjante conducta equivaldría a una grave ofensa, y si que se permitiera inferirle mercedaría ser severamente castigado. —El caso es idéntico al de los empresarios de teatro, que se permiten, ante los espectadores y sus familias, ataques indecentes a la moral y a las buenas costumbres, como con tanta frecuencia vemos.

Las leyes, protectoras de la moral pública, de las buenas costumbres y de los de-

rechos de los particulares, prohíben severamente estas ofensas. Pero, no sabemos por qué motivo, a menudo estas leyes son como letra muerta. Cada ataque a la moral y a las buenas costumbres, es una violación de la ley; y a pesar de que estas violaciones son tan frecuentes, solo rarísima vez vemos que se ha impuesto al delincuente una pequeña multa, la de la cual se ríen soberanamente los empresarios, porque muchísimo más producen los espectáculos inmorales.

Con frecuencia hemos levantado la voz en estas columnas, denunciando los abusos y reclamando el cumplimiento de las leyes y de las disposiciones especiales que rijan en la materia, sin que veamos remedio al mal, más que muy momentáneamente. Hoy hacemos lo mismo, porque los escándalos se renuevan, y son muy numerosas las cartas que sobre el particular se nos dirijen.

Nosotros no pedimos que se dicten sobre el particular alguna nueva disposición: pedimos únicamente que se cumplan las disposiciones vigentes. Por ejemplo, las que dictó el Excmo. Sr. D. Julian de Zaluteta, cuando era Alcalde Corregidor contra los bailes indecentes, no han sido jamás derogadas, y por lo tanto subsisten en toda su vigor y fuerza. Tampoco ha sido derogado el decreto expedido por el Excmo. Sr. Gobernador General en agosto del año anterior, prohibiendo en lo absoluto dichos bailes. ¿Por qué no se respetan estas disposiciones?

Las funciones teatrales son siempre presididas por una autoridad municipal, cuyo principal encargo es hacer que la ley se cumpla. Esta autoridad tiene, no es potestativo en el ejercicio que preside las funciones: es obligatorio; y el que lo omite no cumple con su deber. Cuando las prescripciones de la ley son claras, concretas y aplicables, la autoridad del magistrado encargado de velar por su cumplimiento está circunscrita a exigir e cumplimiento, y nada más. La parte discrecional de la autoridad de tal magistrado, es sólo para los casos nuevos o dudosos.

Pues bien, en estos últimos días se han ejecutado en el teatro de Alhambra algunos bailes prohibidos por las disposiciones vigentes, a ciencia y paciencia del Sr. Regidor que preside la función. No queremos hacer comentarios sobre este hecho, ni ser necesarios después de todo lo que llevamos ya expuesto; pero llamamos sobre él la atención del ilustrado y recto Excmo. Sr. Alcalde Corregidor para que no consienta que las disposiciones vigentes, cuyo cumplimiento está confiado a su autoridad y reconocido celo, sean violadas por nada ni por nadie.

Baja es la misión de S. E. A su cargo está la guarda de la moral pública, y al buen nombre del municipio ante el mundo entero. Para defender esta moral, cuyo valor es incomparable, y para que la Habana no aparezca a los ojos de los extranjeros como un pueblo inculto, de costumbres groseras y repugnantes, no necesita más que el celo de sus subordinados, el cumplimiento de las disposiciones vigentes. Tenemos la mayor confianza en que así lo hará S. E., cumpliendo de este modo con un sagrado e imprescindible deber, y haciéndose acreedor a la gratitud y a las bendiciones de todas las gentes honradas y cultas del municipio.—R.

El ejército español.

No es la primera vez que se tiene noticia de los órdenes que se han dado para que los individuos de la sociedad que no estén en guerra con ella por el temor de una vida escandalosa o infame, tienen el derecho de concurrir a ellos para el objeto legítimo a que están destinados. Y este derecho, incontestable, que nadie osar negar, implica necesariamente el deber, por parte de las empresas que los manejan, de no hacer nada que pueda ofender a una parte del público, haciendo de este modo imposible su concurrencia.

El espectador que concurre a un teatro porque tiene derecho para ello, tiene derecho también, mientras permanezca en su recinto, a ser respetado él y su familia. Tiene derecho a que nadie le ofenda de ninguna manera, ni a él ni a sus suyos. Toda ofensa que se le infiere, es una violación de su derecho.

Ahora bien; todo ataque a la moral, es una ofensa que se infiere a todo espectador que no simpatiza con la relajación de costumbres; y así está acompañando de punto. En una reunión particular, solo un hombre grosero, que no tema ofender a los circunstantes, especialmente si son señores, osará permitirle la relación de chanzas, anécdotas o conceptos indecentes que hagan rubor al rubor al rostro de los concurrentes, sobre todo, si éstos de tener con éstos una gran intimidad, que de algún modo podría atenuar el atrevimiento, le son de todo punto desconocidos. Semjante conducta equivaldría a una grave ofensa, y si que se permitiera inferirle mercedaría ser severamente castigado. —El caso es idéntico al de los empresarios de teatro, que se permiten, ante los espectadores y sus familias, ataques indecentes a la moral y a las buenas costumbres, como con tanta frecuencia vemos.

Las leyes, protectoras de la moral pública, de las buenas costumbres y de los de-

FOLLETIN.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. ANTONIO FLORES.

(CONTINUACIÓN.)

